

EL FINAL DEL CAMINO

Boceto de un libro
cinematografico
de

Danilo Trelles

Derechos de autor Registrados
Nº de depósito 4526381

En una zona imprecisa del altiplano de Bolivia un auto avanza penosamente en medio del paisaje seco y estéril, sin un atisbo de sombra en el camino, procurando eludir las desigualdades del trazado, un tanto irregular e inundado de pequeñas piedras que hacen patinar las ruedas a cada instante.

En el volante Heinrich Mandel un alemán ya entrado en años, pero manteniendo el aspecto de un hombre vigoroso, no obstante las arrugas que surcan su rostro. Podría ser esta la última etapa de una larga y afanosa persecución que lo ha mantenido en tensión los últimos 20 años de su vida. Mientras trata de esquivar las piedras, no puede menos que retrotraer su memoria a los tiempos en que derrotado el nazismo, retorna de los campos de concentración para buscar a su esposa y a su familia, de quienes ha estado apartado durante largos años. No puede menos que evocar su desesperación cuando le informan que todo el mundo lo creía muerto y que su esposa Marlene se ha vuelto a casar con quien fuera su amigo de infancia, Hans Feder. Heinrich recuerda como surgieron las primeras desavenencias con su amigo, cuando interpuso reservas a las actitudes de los nazis y sobre todo a los pogroms contra las comunidades judías que se vieron, primero, desplazadas de los barrios en que vivían y finalmente reclusas en ghettos de donde solo salieron como prisioneros destinados a los campos de concentración.

Todos esos recuerdos de su vida son lacerantes y lo han torturado desde que descubrió que Hans y Marlene partieron para América Latina después de la derrota del nazismo.

El camino se hace todavía más abrupto y comienza a ascender hacia la montaña donde a un lado y al otro surgen como visiones fantasmales, pequeños conjuntos de casuchas de latas mal armadas. Los perros ladraban desde los techos mientras decenas de niños se revolcaban en el polvo grisáceo que el viento arrastraba por los cerros hasta los socavones de las minas. Heinrich detuvo su coche ante una mujer con la cabeza cubierta por una especie de pequeña manta

e intentó inutilmente entenderse con ella. Un muchacho se acercó para ayudarles. Nadie conocía la existencia de un compatriota suyo por aquellos desolados parajes. Heinrich había repetido la pregunta muchas veces a lo largo del camino pero la respuesta era siempre negativa por lo que su depresión aumentaba tentándolo para abandonar la empresa. Lo mantenía ilusionado solo el conocimiento de que las gentes de aquellos lugares procuraban siempre no entrar en conflictos rechazando toda intervención en problemas ajenos. Y lo alentaba además la fuerza de su venganza que lo había decidido a emprender aquella persecución interminable a lo largo de la última etapa de su vida.

Habían pasado casi cinco años desde la última vez en que creyó haber visto a Hans. Fue cuando el barco que lo transportaba desde Buenos Aires, se cruzó a la entrada del puerto de Asunción, con el que salía de retorno.

A pesar del tiempo transcurrido tuvo el presentimiento de que aquel hombre apoyado en la borda, con la mirada perdida en el río, era Hans, su amigo de la infancia. Hizo un intento desesperado alquilando una pequeña lancha para alcanzar el barco que partía, pero la densidad del movimiento de barcos en las aguas del puerto y la distancia que había tomado el barco de la carrera a Buenos Aires, hizo inútil su intento.

Hans Feder y Heinrich Mandel habían sido amigos desde los bancos de la escuela. Ambos procedían de Munich, pero habían completado su educación en Berlin, donde terminó acompañándolos toda la familia. Fue allí que les tocó asistir a los delirantes años del comienzo del nazismo. Un poco por novelería, pero mucho también por el clima de euforia nacionalista que se les inculcaba en la Universidad, comenzaron a participar en los agitados actos a través de los cuales los nazis veían crecer constantemente sus fuerzas. Eran corrientes en esa época los pogroms contra los establecimientos judíos y los dos muchachos se engancharon en la cadena de actos vandálicos que se practicaban entonces.

Feder se transformó pronto en un líder de estas acciones y aunque Mandel comenzó a tener reparos, los dos amigos siguieron juntos en las campañas alenta-

das por los nazis.

En sus respectivas familias la actividad de ambos jóvenes se observaba con creciente inquietud, sobre todo porque el fantasma de la guerra estaba presente y sus padres no querían ver a sus hijos marcharse a una lucha que se presentaba dura y de resultados dudosos. El triunfo del nazismo aventó todas las reservas y salvo las resistencias de ciertos círculos políticos marxistas y naturalmente las colectividades judías que temían por su suerte, todo el pueblo alemán acompañó con entusiasmo la llegada de los nuevos conquistadores.

Hans y Heinrich cortejaban al mismo tiempo a la misma muchacha, Marlene Froebeld, una encantadora rubia producto de un hogar burgués que acompañó a los nazis desde los comienzos. Ambos habían terminado sus estudios cuando estalló la guerra en 1939. Marlene no tenía mucho entusiasmo por la política y no disimulaba su preocupación por la definición de un noviazgo a dos que no terminaba de resolverse. Un poco porque le inspiraba más confianza el carácter sereno de Heinrich, pero también porque la relación estalló entre ambos en una cálida noche de verano al pie de los tilos en flor del Ulster, culminando un encuentro amoroso, Marlene terminó casándose con Heinrich. La relación entre los dos amigos, que hasta entonces había sido entrañable, se cortó brutalmente. Hans comenzó a ser imperativo con su amigo e incluso difundió sospechas sobre su fidelidad a la causa nacional-socialista entre los dirigentes nazistas de su región.

Cuando ambos son llamados a filas, al estallido de la guerra, Heinrich es considerado un elemento dudoso al que le mira con muchas reservas. Interviene accidentalmente en el socorro de una familia judía que estaba siendo maltratada por los nazis, lo que le cuesta una larga detención. Incorporado ante la falta de noticias de su propia mujer, intenta la fuga, pero es detenido y enviado a un campo de concentración.

Marlene no tiene noticias de su marido por muchos meses, hasta que por medio de Hans llega la información de su muerte. En los primeros momentos nadie

puede confirmar la noticia, hasta que misteriosamente llega a la familia un comunicado oficial confirmando su muerte.

Hans oficia de piadoso amigo y se empeña en consolar a la familia, pero ya la guerra está lanzada y la disgregación familiar se consuma. Hans se aferra a Marlene, que al principio lo rechaza presintiendo que su papel en toda la peripecia de su marido no resulta claro, pero finalmente las circunstancias la impulsan a buscar su amparo.

Entretanto la guerra que los nazis comenzaron triunfalmente, empieza a mostrar otra cara para los alemanes. La constante llegada de heridos y las noticias de la muerte o la desaparición de los muchachos en los frentes de lucha comienza a sepultar la moral de los alemanes.

Viene finalmente la caída. Marlene se ha reunido con Hans y logran escapar protegidos por amigos de la familia hacia el norte. En Malmo, por azar, abordan un barco que sale para Brasil y llegan a Rio de Janeiro. Tratan allí de reconstituir sus vidas y se ligan pronto con los círculos nazistas que se han refugiado en Blumenau, donde la colonia alemana es muy importante.

Se les ve pronto actuando entre ellos y aunque Marlene es siempre muy pasiva, la solidaridad con Hans la obliga a compartir algunos de sus trabajos. Los nazis tratan de disimularse en Brasil ayudados por documentos falsos y con la protección de amigos bien relacionados con círculos de gobierno.

Heinrich recuerda el fin de la guerra y su propia liberación del campo de concentración y el comienzo de la indagatoria para descubrir que es lo que ha pasado con su esposa.

Los vecinos de su antiguo barrio en Furlogstrasse son reticentes, pero al final terminan por contarle lo que ha ocurrido. La reacción de Heinrich es primero de incredulidad, pero cuando todos los hechos confirman la veracidad de las informaciones decide dedicar su vida a la búsqueda de quienes han destrozado la suya.

Después de muchas investigaciones descubre que Marlene y Hans han huido al

Brasil y se embarca tras ellos para perseguirles. Llegará tarde, cuando ya la pareja ha huído a Buenos Aires amparados por los servicios de protección que han montado los nazis en toda América Latina.

La vida de Marlene y Hans en la Argentina no va a ser fácil. Las condiciones políticas no facilitan su trabajo y el líder máximo de esos grupos, Joseph Menguele, parte para Asunción de Paraguay en busca de un refugio más seguro. Cuentan allí con el apoyo del dictador del país, Stroesner. Desde allí va a dirigir la actividad de los nazis en la Argentina.

Ocasionalmente realizan reuniones a donde son invitados Marlene y Hans. Al regreso de uno de estos viajes, Marlene cae presa de una fiebre maligna de la que no logra recuperarse. Muere después de una larga postración y Hans trata de organizar una nueva vida.

Continúan los viajes a Asunción, ahora solo, y en uno de ellos está a punto de ser atrapado por Heinrich que prosigue la persecución, sin saber por supuesto todavía, que Marlene ha muerto.

Pese a los años transcurridos, el odio que ha acumulado Heinrich en sus largos años de prisión primero, y luego en la implacable búsqueda de la pareja, le da fuerzas para continuar en su empeño.

Hans decide dar el último salto en su faga, a partir del momento en que estuvo a punto de ser atrapado por Heinrich y se traslada a Bolivia. Se instala con un almacén en la montaña, en plena zona minera. Su actividad entre los indios que trabajan en esa dura región es mirada primero con recelo, luego con curiosidad, pero termina por asimilarse pasando a ser un familiar de los grupos de trabajo. Bolivia vivía en aquellos tiempos un período de actividad comparable a un proceso infeccioso, cuya zona crítica eran las minas a donde igual que bacterias, acudían los hombres.

El poder magnético de los minerales atraía desde el subsuelo hacia los cerros a miles de indígenas agricultores que dejaban sus campos entre la cosecha y la siembra y se enganchaban como peones; miles de artesanos de las ciudades

que dejaban sus talleres para ofrecer sus artes en las minas; centenares de hombres jóvenes y maduros de las clases medias que, ahuyentados de las ciudades donde escaseaba el trabajo y subía fantásticamente el costo de la vida, se trasladaban a las minas sin plan alguno a ofrecer sus servicios en lo que fuera, desde barreteros hasta serenos, desde ayudantes de contador hasta jefes de punta.

Con los mestizos y los indios emigraba toda la familia; los blancos generalmente iban solos, en una previa exploración de las condiciones de trabajo para saber si podían llevar a la esposa. Iban también solas ciertas mujeres emprendedoras a instalar comercios, tabernas o posadas en los pueblos próximos a las minas o en los campamentos.

En uno de esos lugares se había instalado Hans seguro de que en aquella soledad sería imposible encontrarle. Se equivocaba. Heinrich seguía sus huellas con una paciencia infinita. Atravesó primero la selva en el viejo Opel que le habían vendido en Buenos Aires, indagando constantemente sobre el paradero del fugitivo. Ahora en el altiplano, los poblados eran acumulaciones de barracas destarteladas, con techos de zinc y ventanas cubiertas por trozos de arpillera. Le habían dicho en La Paz, donde estuvo prácticamente de paso que, meses, había pasado un alemán entrado en años que transportaba sacos cargados de mercaderías, rumbo a la montaña. Comenzó un trabajo de investigación en cada poblado que pasaba. Todas las respuestas eran negativas y estuvo a punto de abandonar varias veces. Pero al final tuvo suerte y uno de sus interlocutores en el camino le dijo que un compatriota suyo estaba instalado en un almacén en una mina próxima llamada "La Galería".

Heinrich se sintió renacer y apretó el acelerador de su auto. Pronto tuvo el poblado al alcance de sus ojos y el almacén apareció de inmediato. Por un momento se le apretó el corazón por la emoción, pero tuvo la entereza suficiente para recomponerse. Aquel momento era la culminación de toda una vida dedicada a la venganza. Se serenó y comenzó a pensar en todo lo que había

pasado durante aquellos largos años. Entró en el almacén con paso resuelto. Un indio se adelantó a atenderlo. Heinrich se sentó calmamente en una mesa y pidió una cerveza.

- ¿ Vino a ver a su compatriota? preguntó el indio.

Sintió una inmensa sorpresa de que lo hubieran descubierto de entrada, pero se sobrepuso. Después casi se sintió agradecido de que lo hubieran descubierto. Más, había pensado avisarle a Hans de que estaba llegando. Se acarició el revolver en el bolsillo.

- ¿ Vive solo? preguntó Heinrich al indio.

- Absolutamente solo. Es viudo; su mujer murió hace algunos años de fiebres. Heinrich se quedó pensativo un instante y luego le pidió al indio que le avisara a Hans que quería hablar con él.

El indio dudó un instante, pero luego aceptó ante la tentación del billete de diez dólares que le tendía Heinrich.

El indio volvió en pocos minutos.

- Su compatriota le pide que vaya. No puede salir por que está en la casa, enfermo.

Recorrieron 30 metros y el indio le indicó la casa. Una construcción hecha con chapas de latas similar a la de los ingenieros de las minas, pero construda con más cuidado.

- Es aquí - dijo - y se dió vuelta apresuradamente.

Heinrich golpeó la puerta y del interior se escuchó una voz.

- Pasa - oyó decir.

Desnudo, tendido en un catre, cubierto apenas por un trozo de tela, Hans parecía vivir sus últimos momentos. Heinrich sintió una especie de desfallecimiento. Una extraña mezcla de sentimientos comenzaba a dominarle. Para vengarse de aquella piltrafa humana había recorrido medio mundo y había gastado casi toda su vida. Por un momento sintió la inutilidad del esfuerzo, como si todo lo que había hecho no tuviera sentido. Y así era efectivamente.

Hans intentó incorporarse en la cama, pero volvió a caer sobre los cojines.

- ¿ Vienes a matarme, no es verdad?

Heinrich no contestó de inmediato y vaciló un momento antes de que de sus labios surgiera, lacónicamente:

- Venía ...

- Comprendo - susurró Hans.

Crecía en Heinrich la sensación de que todo había sido inútil, de que la situación no tenía sentido, de que ambos no tenían nada de que hablar, y acudió al recuerdo de Marlene para continuar el diálogo.

- Puedes decirme que pasó con ella? - preguntó sin nombrarla.

Hans sentía desvanecerse a cada instante. Levantó la cabeza de la almohada y dijo casi susurrando:

- Murió de fiebres al retorno de un viaje a Asunción. Ya estaba muy disminuida y no superó la crisis.

- ¿ Acaso fue feliz contigo?. Ahora Heinrich no tenía odio, sino un sentimiento de piedad hacia Hans y de recuerdo amoroso hacia Marlene.

- ¿ Crees acaso que se podía ser feliz con la vida que nos tocó en suerte?

- Fue la vida que tu mismo elegiste para que llevara, no es verdad? - sugirió Heinrich.

Hans revolvió en su lecho, como si le hubieran clavado un cuchillo y le revolvieran las entrañas.

- No estoy tratando de justificarme - alcanzó a replicar. Tu sabes que lo que pasó fue culpa de todos. Yo y tú creíamos que estábamos luchando por una buena causa y no solo nuestra propia suerte. ¿ Te acuerdas de esto? Heinrich sintió que estaban entrando en un terreno de justificaciones sin sentido y que la razón de su viaje había terminado. Cortó bruscamente el diálogo.

- Sabes Hans, que vienen a buscarte. Yo he venido tras de tí solo por motivos de venganza, pero ellos tienen otras razones mucho más poderosas que las mías y también por largos años han seguido tus pasos. No podrás escapar.